



MLLE. ALISE NORTOM

Ayuntamiento de Madrid



Todos los años damos por cierta y segura la muerte del Carnaval, y en cuanto llega el Febrero siguiente, le vemos aparecer, vivo aún, si bien decadente, soso y alicaído.

Y es que, así como el fénix de la fábula renace de sus propias cenizas, el Carnaval del domingo, del lunes y del martes conviértese en la ceniza del miércoles, permanece latente allí durante todo el año y surge de entre ellas cuando el calendario lo ordena y manda.

Verdad es que ogaño quedan reducidas las Casnestolendas al baile de niños y al fantasmón del *higú*, sin que veamos la *aurea mediocritas*, el medio gusto entre el inocente carnaval de los niños y el de los hombres hechos y borrachos, pero hemos de considerar que los jóvenes de hoy no gustan como los antiguos de malgastar sus genialidades detras de una careta, porque el que más y el que menos de los que sienten dentro del caletre chisporrotear el ingenio ó culebrear el chiste dan al teatro una pieza cómica y por este medio, en vez de dar bromas á los demás uno á uno y sólo por tres días, consiguen embromar al público entero en el trascurso de todo el año solar.

—Ya no hay humor—decía un sujeto lamentándose.

—Que no ¿eh?—replicaba un herpético rascándose furiosamente.

—No señor; en mi tiempo se formaban sociedades para organizar mascaradas, cabalgatas y estudiantinas.

—Pues ahora no hay más que sociedades de baile íntimo y asociaciones de mozos sortea-bles para Ultramar.

—Entonces se iba á esperar al Carnaval, á enterrar la sardina...

—Hoy se dan otra clase de *entierros* y se gastan *timos* menos inocentes.

—Antes se divertía todo el mundo.

—Ahora no se divierte más que la carne; y el demonio por de contado.

El que cae en la tentación de disfrazarse arrostra en primer lugar las iras de los chiquillos, que le convierten en blanco, ó más bien en gris á fuerza de lodo; y en cuanto llega al campo de operaciones, le arrancan la careta al menor desliz ó lo ponen verde á bofetadas si se toma alguna libertad en una broma.

Por eso creo que el disfraz, lejos de ser cosa reprobada por la Iglesia, es una penitencia saludable y un modo como otro cualquiera de ganarse el cielo.

Algunos jóvenes se colocan el antifaz con el cínico fin de acercarse á la novia impunemente.

—¿Me conoces? dicen con voz chillona.

—No, máscara; al menos de vista, no te conozco.

—Pues soy Fulanito—añaden con su voz natural.

—¡Tú! y ¿con qué cara te atreves á presentarte?

—Yo lo ves; con una cara que no es la mía.

—Vete por Dios, que si mamá se entera nos perdemos.

—Eso quisiera yo, que nos perdiéramos ahora y que no nos encontraran en toda la tarde.

En materia de disfraces, se ha perdido ya el gusto y las ganas de gastar dinero.

Hoy el Carnaval es menos que una ropavejería ambulante, es un saco de trapero volcado en medio de la calle, una verdadera suspensión de las ordenanzas del Municipio y del ornato público.

La prenda que tiene más aceptación entre los aficionados es la colcha con triple atadura, en el cuello, en la cintura y sobre la cabeza.

A una de estas comparsas de cobertores les gritaba la otra tarde una mujer del pueblo:

—Mirad, máscaras; ya podeis volver luego á casita, que os estarán esperando para hacer las camas.

Con el acta de Gracia se llevaron petardo muchas gentes y estas, sin duda, cumpliendo el precepto evangélico de dar ciento por uno, devuelven á la pacífica población barcelonesa el petardo aquel acompañado y seguido de otros muchos.

Tal debe ser el origen de los ruidosos acontecimientos que ocurren estos días en la ciudad condal.

Muchas calles han sentido ya los efectos de la dinamita; cada explosión trae aparejada la rotura de todos los cristales del barrio y las autoridades no saben á quienes atribuir esos atentados, si á los amigos de los cristaleros ó á los enemigos de las instituciones.

Las personas formales se quejan cínicamente de que los dinamiteros no anuncien con tiempo esos espectáculos, porque es una lástima que obras de tan gran efecto no tengan más público que los escasos transeúntes que aciertan á pasar por allí, si puede decirse que acierta quien se encuentra de manos á boca con un petardo.

Los porteros y los guardias municipales tienen el encargo de ejercer escrupulosa vigilancia en los patios y en la vía pública sobre todos los objetos que humeen.

—Allí arde una cosa—dice un guardia alarmado.

—Es un fósforo—responde tranquilo la otra mitad de la pareja.

—No importa; es preciso apagarlo enseguida, porque puede ser un fósforo de ruido.

El fumador distraído que arroja en medio de la calle un cigarro puro á medio consumir, corre el peligro de que le tomen por un petardista recalcitrante.

—Caballero—le grita uno del orden—usted acaba de arrojar un objeto ardiendo.

—Si señor ¿y qué? ¿hay algún polvorín por aquí cerca?

—Nada de eso; pero lo que Vd. ha dejado caer puede ser un petardo.

—Tanto como petardo, no señor; pero es un cigarro de la Tabacalera.

—Dispense Vd. si le he ofendido.

—A mi no; si acaso á la Compañía Arrendataria.

La autoridad ha tomado medidas indudablemente.

Y este procedimiento de sastrería no puede ser más oportuno.

Porque tras el «tomar medidas» vendrá el «sentar las costuras.»

—Se ha descubierto un petardo en el Gobierno de la provincia.

—Eso está muy bien; descubrirse ante la autoridad.

—Un petardo con su mecha correspondiente.

—¿Mechado y todo? Eso prospera. Los de mañana serán trufados ó á la *brochette*.

En medio del júbilo que causaría la noticia, casi sería de temer que pescaran de pronto á los petardistas.

Porque entonces habría otra explosión; de entusiasmo, es claro, pero explosión al fin.

—¿En dónde ha sido el de hoy? —preguntamos, pensando en el ¡pum! nuestro de cada día.

—En casa de D. Fulano.

—Y ¿ha causado mucho destrozo?

—Si señor; ha saltado los cristales del lucernario, ha roto la cancela y ha sacado de quicio la verja de entrada y la puerta de la calle.

—¡Demonio! Pues el que habrá salido de quicio también, es el amo de la casa.

Barcelona, más que á la industria fabril, parece estos días entregada á la industria extractiva, á juzgar por los ruidos dichosos que parecen disparos de barrenos.

—¿Dónde explotarán los de hoy? —preguntaba temeroso un padre de familia.

—Donde explotan todas esas cosas —contestó uno de policía: —en las redacciones de los diarios de oposición.

¡Si al menos los petardos sucesivos reventaran en calles extraviadas y distantes del centro! Eso demostraría que los petardistas se batían en retirada.

¡Quiera Dios que quemén pronto el último cartucho... de dinamita!

Y, entre tanto, si los alarmistas se divierten anunciando por ahí un nuevo y más espantoso petardo, no se asusten ustedes.

Lo que fuere, sonará. ¡Ya lo creo que sonará!

LUIS ROYO VILLANOVA.

LA LUCHA ETERNA

...Y siempre estamos en guerra, y luchamos sin cesar...

y no podemos lograr

vivir en paz en la tierra.

Se trabaja con ardor

por esa paz que se ansía...

y ocurre que cada día

nos entendemos peor.

Aunque mucho haga la ciencia

y á mucho el talento acierte,

entre los hombres se advierte

gran falta de «inteligencia»

Que el hombre es loco he observado,

y lo es el sabio y el lerdo,

¡y ha de llegar á un «acuerdo»

si aún á «cuerdo» no há llegado?

La inteligencia es manía

rehuir; al parecer,

se trata de comprender

al hombre... en la zoología.

Los hombres de hoy, cual los de

con ardor dánse á luchar, [antes,

como indiqué, sin cesar...

¡con que no digo cesantes!...

¡Siempre repitiendo el

drama, abundante en horrores,

que estrenaron los señores

don Caín y don Abel!

Que se luchará me explico

unos cuantos siglos há,

como, por ejemplo, allá

en tiempos del rey Perico.

Ya sé por qué se pegaban

tanto aquellos desdichados;

por estar tan arrimados

á la cola como estaban.

Mas de la cultura en pos

marcha la pasión aleve,

y en el siglo diecinueve

se lucha como en el dos,

y la paz aún no corona

la obra que se ha realizado

y ahora que el hombre ha empezado

á echárselas de persona,

luchando se pasa el día

con furor tan inaudito,

que se deja tamañito

á un negro de Berberia.

Entre las que ayer usara

y las armas de hoy hay mucha

diferencia: hoy no se lucha

cuerpo á cuerpo y cara á cara.

Se mata al prójimo odiado

de amistad haciendo alarde

¡quién no obra como un cobarde

no es hombre civilizado!

¿Hoy ¿cero? Fuera mengua.

Eso no hiere ni abruma;

no hay dardo como la pluma,

ni espada como la lengua.

Hoy ya son tareas vanas

las de elevar murallones;

¿dónde hay fortificaciones

mejores que las Aduanas?

¿Escudos? ¡Bah! Si esas t etas

de defensa están de más;

hoy defienden mejor las

monedas de á dos pesetas.

Más si en esto se corrompen

los hombres ¿qué nos importa?

A la larga ó á la corta,

la crisma... igual se la rompen

Los que en el siglo vivimos

vemos, haciéndonos cruces,

que aún cuando abundan las luces,

alumbrándonos seguimos.

¡Y habrá algún sabio profundo,

de esos pocos hombres buenos,

que pretenda nada menos

que pacificar el mundo!

¿Cómo ha de haber paz aquí,

en este mundo falaz?

¿Cómo, digo, ha de haber paz

siendo los hombres así?

¿Cuándo acabará la guerra?

La respuesta fácil es:

¡cuando se eche á puntapiés,

a los hombres, de la tierra!

FERNANDO SEGURA.

FRAGMENTO (1)

Movidos de los gritos y las quejas
que á la taberna sin cesar llegaban,
salieron en socorro del Orejas
Sola y Juan, que á sus voces despertaban.
—¿Quién te ha matado? —dicen al herido
mirándole en el charco ensangrentado,
y él sólo les contesta:—¡Me ha matado!
¡Le estoy agradecido!—

Y volviéndose á Sola, á quien veía
brillar como un fulgor de primavera:
—¡Guárdate! (le decía)
¿Quién te defenderá cuando yo muera?—

En la taberna, triste y satisfecho,
teniendo á Soledad junto á su lecho,
Orejas, con las manos en la herida,
ya siente el infeliz como en su pecho
van cesando las llamas de la vida.
Y Soledad, mirando al moribundo
desde la cabecera de la cama,
sobre Orejas derrama
toda la gratitud que encierra el mundo.
El, en tanto, volviéndose hácia Sola,
que brilla con fantástica aureola,
—¡Te he querido, te quiero,
y no te querré más... porque me muero!—
dijo, y con entusiasmo contemplóla.

Y luego, aunque el amor su panorama
para los ojos de él ha desplegado,
mientras se acerca el término del drama,
Orejas permanece aletargado;
vé llamar á sus puertas la fortuna,
pero una sombra á detenerle sube...
Llega el instante de tocar la luna...
¡y ya viene á quitársela una nubl

Le dá Sola palabras de consuelo,
mas él, que siente de la muerte el frío:
—Mira—responde, y le señala al cielo,
y añade con horror:—¡Mira al vacío!..

Con la vista extraviada, como un loco;
besando á Sola en la cabeza rubia,
mientras la amarillez su rostro cubre,
Orejas vá acabando poco á poco,
como acaba la lluvia
en tarde melancólica de Octubre.

Y cuando el desenlace se acercaba
y por última vez reflexionaba
que sólo por ser bueno perecía,
mientras á Soledad acariciaba,
—¡Qué fría está la muerte!—le decía,
y despues agregaba:
—¡Como un amor sin esperanza, es fría!—

RICARDO J. CATARINEU.

(1) Del poema inédito *Los pilluelos de la playa*

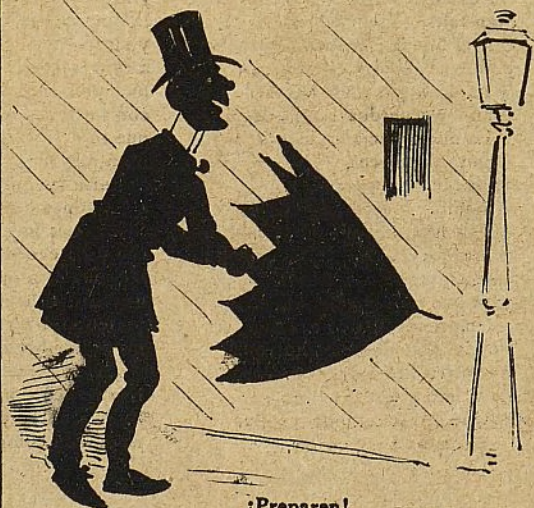
ESGRIMA DEL PARAGUAS,



¡Presenten, arm!



¡Armas al hombro!



¡Preparen!

POR «MECACHIS»



Infantería contra caballería



¡Formen pabellones!



El paraguas considerado como lazo de unión entre las familias.

Tristes y alegres

Tengo muchos cantares,
y hoy me los pides;
son alegres algunos
y otros muy tristes;
y no me duele
que vayan todos juntos,
tristes y alegres.

Era blanco el pañuelito
con que me hiciste la seña;
ayer la paz me brindabas
y hoy me declaras la guerra.

Al dar la vuelta á una calle
dos puñaladas me dieron,
en el fuego de tus ojos
templado estaba el acero.

La viudita de enfrente
me gusta mucho;
tengo al difunto envidia,
porque el difunto
supo de cierto
antes de ir á la gloria
lo que era el cielo.

Subo la cuesta contigo
y no me canso, morena;
solito despues la bajo
y me fatiga la cuesta.

A la virgen del Pilar
le tengo yo de pedir
que te dé toda la vida
que tú me has quitado á mí.

Hay en la plaza una fuente,
una fuente de agua dulce,
que luego se vuelve amarga
cuando el agua del mar sube.

Pidiendo que mi padre
te llame nuera,
y que á tu madre al cabo
llame consuegra,
siempre que rezo,
todas mis oraciones
son *padres nuestros*.

Eres lo mismo que el toro,
no me lo puedes negar;
con cuatro varas de seda
te lleva un hombre detrás.

Con mucho lujo te sacan
porque sepamos *que tienes*,
dí á tu madre que el buen paño
dentro del arca se vende.

Que vengan los niños
al pie del hogar,
porque un cuento muy largo, mi vida,
les quiero contar.

Cantando mi vida
renuevo mis penas,
que algo valen si al cabo mis niños
aprenden en ellas.

E. BUSTILLO.

UNA EXCLAMACION, POR MECACHIS



¡Jesús,



María



y José!

SIN MOTIVO

Don Juan de la Raya y Surco
no es un hombre: es una fiera;
es más celoso que un turco
y que una cuadrilla entera.

Es verdad que es muy bonita
su mujer, y que él la adora;
pero está la pobrecita
que la pena la devora.

Metida en su habitación,
rara vez sale de casa,
y ni aun se asoma al balcón
á ver la gente que pasa.

El no se puede evadir
del temor de que le engañe,
y ella no puede salir
sin que don Juan la acompañe.

Si alguno la mira andando
ya está él dado á Belcebú
y ya le está preguntando:
—¿Os conocéis ese y tú?

Si ella, por hallar reposo,
á un suspiro le dá giro,
ya está pensando el esposo

por quién será aquel suspiro.

Hará tres meses lo más,
del plazo marcado al fin,
lo mismo que las demás,
tuvo Lola un chiquitín.

Con tan notable suceso
era la paz natural,
pero un día, en un exceso
de cariño maternal,

la pobre Dolores dijo,
mientras besaba al muchacho:

—¡Pero, tú no ves, *mi hijo*
qué hermoso y qué vivaracho?

Y ya tuvo él suficiente
para aunar el gran belén:

—¡Tuyo has dicho solamente?
Pues qué, ¿no es mío también?

Desde entonces, timorata,
y en obedecer constante,
Lola, si del chico trata,
coloca el *nuestro* delante.

Como resultado acaso

de aquel hecho borrascoso,
hoy ha sucedido un caso
que es un poco sospechoso.

Procedente de Orihuela
llegó ayer don Luís Galván,
que ha sido desde la escuela
grande amigo de don Juan.

Es el único en que tiene
gran confianza, y así,
siempre que á la corte viene
se queda hospedado allí.

Lola, que á no hablar del niño
ningun otro asunto toca,
pues le tiene tal cariño
que está con su niño loca,
apenas esta mañana
halló á D. Luís y á su esposo,
después de hacerles ufana
un saludo cariñoso:

—¡Luís, mire usted *nuestro hijo*!
gritó de placer radiante.

Y él, en voz muy baja, dijo:

—¡Ejem!... que está Juan delante.

FERMIN GIL DE AINGILDEGUI.

UN COMPROMISO

El Carnaval pasado
me marché al baile
con mi novia, que es chica
que mucho vale
y es, por más señas,
lo mejor que tenemos
en costureras.
Y también con nosotros
iba una amiga,
con la hermana y la madre

de mi chiquilla...
¡Yo, aunque risueño,
me tentaba el bolsillo
de mi chalecol

Cenaron y la madre
pidió tortilla,
un trozo de merluza
y dos gallinas,
y las muchachas

pidieron tres perdices,
á una por barba.

Y al preguntarme el mozo:
—¿Quiere usted algo?,
como me estaba viendo
con pocos cuartos,
dije al instante:
—Trae la cuenta... ¡y con ella
quien te la pague.

J. RODAO.

RECUERDOS DEL CARNAVAL,

POR MELITÓN GONZALEZ.



—¡Pero, mujer, si no te conozco!
 —Pues por eso, para que me vayas conociendo.

LA NOVIA Y LOS NIDOS

Era condición imprescindible para obtener su amor: la muchachita se lo había dicho bien claro á sus dos adoradores, el hijo del otro torrero compañero de su padre y el del conserje del observatorio, con la rudeza peculiar de los doce años inocentes y con la franqueza propia de su educación rudimentaria y aislada en aquel montón de peñas del mar... El que la trajera más nidos de gaviota aquel sería su novio.. Ambos la querían, ambos eran guapos, ella no tenía más que un corazón... A su fantasía de mujer despierta por su próxima pubertad, se le

ocurrió medio tan singular, digno de aquellos férreos tiempos de la edad media... Ella adoraba los nidos de gaviota... El que la regalara mayor número sería el preferido...

Los dos rapaces aceptaron la dura condición sin vacilar, y conociendo á palmo las abruptas peñas donde habían nacido, cada cual por su lado, encamináronse aquella tarde á la punta del promontorio, resueltos á satisfacer el capricho de la niña del torrero primero, á cambio de las miradas de la chiquilla. A ninguno de ellos le arredraba la empresa que iba á acometer; los quince años frescos que ambos contaban de vida, deslizados en aquel bravío lugar del faro, en íntimas relaciones siempre con el mar, les familiarizaron desde sus primeros años con los peligros y tanto se les daba á los temerarios mozos las rompietas y los acantilados como á las ratas de agua que trepaban descaradamente por las piedras de la islla.....

Puede decirse que uno y otro habían echado los dientes gateando por las rocas y cogiendo nidos de aves acuáticas. La proposición de la torrerilla se reducía, pues, á andar listos y á abrir mucho ojo... y no quedaba en todo el recinto del peñón una casa de gaviota que no fuera á parar á la falda de la chiqueta.

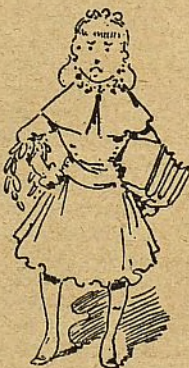
Las palomas del capitán, como las denomina la gente marinera, colgaban sus habitaciones en la banda sur de la isla del faro, al abrigo de los crueles vientos del Norte; allí, el terreno de la isla formaba como una pared casi perpendicular de puntas de roca, una especie de formidable acantilado que se elevaba á más de cincuenta metros sobre el nivel de las aguas; entre las peñas, sujetos entre sus salientes y juntas, se hallaban los nidos; por arriba no se divisaba sino cielo azul; la torre se erguía en la parte opuesta y no se distinguía desde aquel rincón, y abajo un escollo terrible asomaba sus agudos picos, bañados sin cesar por la resaca con una interminable invasión de olas que saltaban al chocar en el arrecife, volviendo á bajar sobre él en grandes penachos de espuma; el lugar era agreste y solitario; los cuatro ó cinco habitantes de la isla casi nunca la visi-

EN EL COLEGIO, POR MECACHIS.

(A FIN DE CURSO.)



Pensonista que paga 500 pesetas



La que paga 1000 pesetas



La que paga 2.000 pesetas

TERMINOS JUDICIALES. POR CILLA.



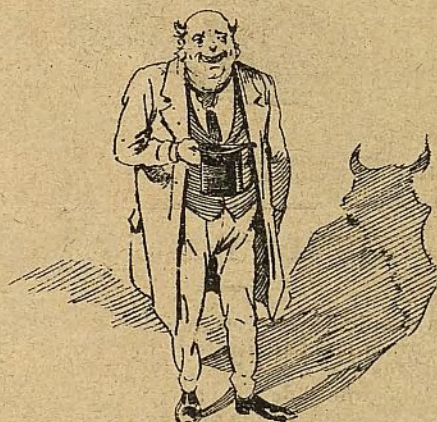
SEÑORES QUE COMPONEN LA SALA



EL PONENTE



UN TESTIGO DE DESCARGO



UN HOMBRE BUENO

taban; la ciudad caía al otro lado, y así, no ofreciendo el sitio fondeadero, jamás se aproximaba a la peligrosa rompiente ni el más errabundo bote de pescador.

Los dos chiquillos, delcalzos, mirándose con encono y rechinando los dientes, dispuestos a venir a las manos si se terciara, echaron afuera una piernecilla, luego otra, y sin miedo ninguno, con decisión, manteniéndose agarrados a una saliente con las manos, apoyando los pies en otra, comenzaron su caza arriesgadísima, deslizándose con esquisita prudencia, arrastrándose, tanteando el terreno antes de dar un paso, realizando equilibrios inmensos de verdadero gimnasta. Daba miedo verlos, sin defensa ninguna, en el aire casi, a merced del vértigo, expuestos a un resbalón, andando por aquellas rocas escurridizas, unas, las mas bajas bruñidas por el batir del oleaje, otras tapizadas de légamo por la humedad y todas punto menos que imposible de atrevesar sin despeñarse y rodar a aquel alborozado arrecife, que mostraba sus picos como la dentadura de una boca abierta y donde se oía el chasqui-

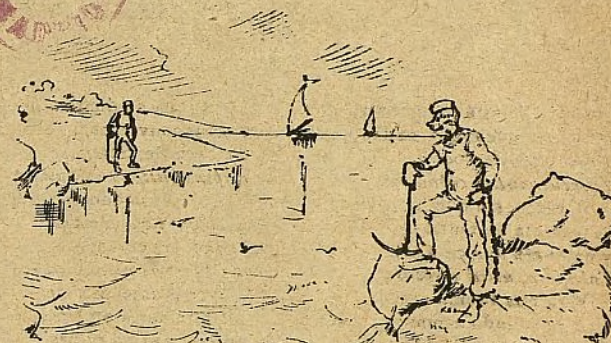
do continuo del flujo y el rugir ensordecedor del oleaje al estrellarse y al romperse...

Al principio, los dos chicos se veían respectivamente; pero muy luego se apartaron y dejaron de distinguirse, por más que no andaban muy lejos uno de otro. El hijo del segundo torrero del faro tomó por la izquierda; la suerte le ayudaba, anda por aquí, mira por allá, investiga por acullá, resbalando más de una vez, sin soltarse nunca de las salientes, en menos de una hora arrancó cuatro nidos, que se metió en los bolsillos de la blusa. Mientras, el compañero, explorando por la derecha, no tan ayudado por la fortuna, sólo descubrió un nido que pudo cojer en fuerza de mil apuros. Siguiéron su registro; el azar tornó a aproximarles, y sin que ellos se lo propusieran, encontráronse de nuevo cercanos y a la vista. En aquel instante, el hijo del conserje del observatorio, que no llevaba sino un solo nido, advirtió una gaviota que salió graznando de entre dos rocas; allí tenía sin duda su casa; era preciso apoderarse de ella; pero la captura ofrecía un riesgo enorme; no había otro medio de realizar la

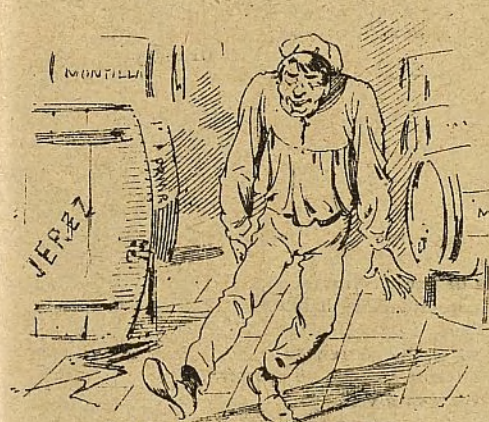
a e i o u



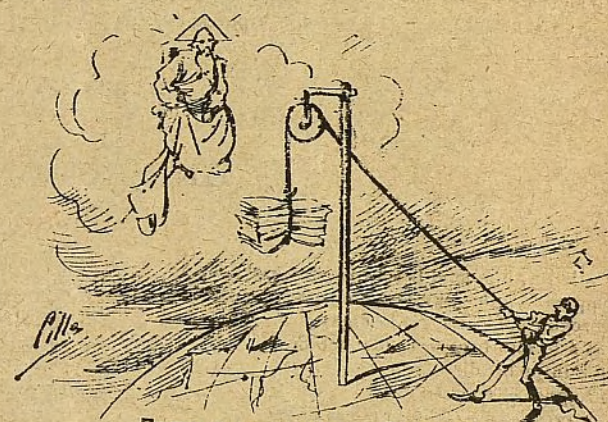
LOS SEÑORES VOCALES



CONDENADOS EN COSTAS



ALEGATO DE BIEN PROBADO



ELEVAR LA CAUSA AL SUPREMO

empresa que tumbarse de bruces a lo largo de una saliente en declive y agarrado con la mano izquierda a un pico de roca, sin soltarlo, inclinar todo el cuerpo a la derecha y echarle la garfa con la otra mano. Así lo hizo con la irreflexión de la infancia, llevado de ese valor de granuja de playa, característico de los rapaces de la costa; sin vacilar se echó, se asió al pico y metiendo los codiciosos dedos entre las junturas de las dos rocas, sacó el anhelado nido... Pero en el mismo instante, ante los ojos de su rival, que le miraba con espanto, medió una cosa horrible; la mano izquierda del temerario mozo, quizás por algún espasmo repentino, acaso por alguna contracción imprevista, se soltó de la saliente; hendió el aire un grito horrendo, un solo grito feroz, de suprema pavor, estridente; el pobre niño perdió su punto de apoyo y el cuerpo abandonado a su peso rodó al abismo, estrellándose en el arrecife donde se hundió de cabeza. Fué cosa de un momento; un relámpago; la espuma se coloreó de rojo trocándose en una marea de sangre; las olas se tragaron la tierna criatura y la resaca

se lo llevó volteando mar adentro. En los picos de las rocas, algunos fragmentos de tela casi imperceptibles indicaban la huella del desdichado; nada más.

En cuanto a su camarada, no pudo ni gritar; se quedó inmóvil, aterrado, sin voz, sin luz en los ojos, sin alientos, temblando, dando diente con diente, mirando sin ver el escollo que se había sorbido al hijo del conserje; y al cabo, reponiéndose un poco, sin acordarse ya de la novia ni de los nidos, sin ambicionar otra cosa que salir de entre las rocas, acometido de un miedo enorme, comenzó a trepar de peña en peña con un cuidado supremo y en cuanto se vió en tierra firme, con la muerte en el alma y llorando, echó a correr en derechura a la torre.

ALFONSO PEREZ NIEVA.

USTED DISPENSE

Apabulla usted el sombrero
del señor que está á su lado,
y dice usted sofocado:

Dispense usted, caballero.

A veces, sin que lo piense,
le revienta á alguno un pie,
y entonces le dice á usted:

Caballero, usted dispense.

Para una broma pesada
es el más lindo acomodo;
con el *dispense* no hay modo
de darle una bofetada.

Si se tiene una mujer,
y usted le dice una flor,
y se muere usted de amor,
como suele suceder,

y si ella su dicha labra,
toda inconveniencia evita
con decirle: Señorita,
dispense usted, una palabra.

Con los deudores no hay miedo
de tener una cuestión;
se dice de corazón:

Dispénseme usted, no puedo.

Si con inmensa alegría
y sin temor á un fracaso
apresura usted el paso,
diciendo: ¡allí va García!

y cruza la calle y llega,
y con un tono de broma
al señor le dice: «¡toma!»
y por la espalda le pega;

Il sufeto, con asombro,
al sentir un hecho tal,
vuelve, y le dice: «¡animal!
me ha deshecho usted un hombro.»
Uno, espantado, se inclina
en vista de aquel revés,
porque aquel sujeto es
el jefe de la oficina.

—«¡Le confundí con García!
¡palabra, que soy un bolo!
Dispense usted, don Manolo,
pero es que no lo sabía.»

Y si sale un escritor
haciendo versos perversos,
por el autor de los versos,
usted dispense, lector.

MANUEL PASO.

UN PROTECTOR

—Basta, hija mía, basta, no prosigas;
comprendo lo que ese hombre corrompido
conseguir anhelaba, no lo digas.

Mas á lo alto tus preces han subido

y ese torpe bandido

no logrará el empeño

de hacerse, niña, de tus gracias dueño.

No en vano á Dios se acude,

que es la virtud capullo que ÉL cidocia,

y su excelsa justicia

apoyo sabrá darte, que te escude.

—Tal he creído, padre, y al instante

á su representante

le he contado la cuita que me inquieta...

Como es Luis el galán que hoy está en boga

nada teme, señor, nada respeta...

—Pues cese tu recelo,

desde ahora por tí velo,

que el Sér Supremo oprime, más no ahoga.

—No obstante, padre mío, no consigo

desechar el terror que me domina;

¡A ese hombre le protege el enemigo,

y no miento si digo

que creo ver un Luis en cada esquina!

En su última visita, estaba sola

y el seductor aleve

quiso rendirme á su pasión dañina.

Dijome que por mí todo lo inmola

y añadió que por mí á todo se atreve.

Que no le importa el mundo ni un ardite

y que me ha de vencer aunque me irrite.

Que es rico, poderoso,

y un palacio ha de hacer maravilloso,
para que en él con mi familia habite.

Que confía y espera

en que, al fin, su cariño no rehuya

y que, aunque el Orbe en masa se opusiera,

he de ser una vez y otra vez suya.

—¿Osó, hija mía, hacerte esa amenaza?

—Y también profirió frases que oculto,

porque son, señor cura, de más bulto

y mi pudor los labios amordaza.

Después, de furia lleno,

al mirar mi desdén irrevocable,

sus intenciones me mostró sin freno

y pretendió ultrajarme, el miserable.

Escapé amedrentada,

y desde entonces, aunque lejos me hallo,

con el recuerdo sin cesar batallo

de su ademán cobarde, y su mirada.

—Cesa, hija mía, cesa en ese llanto,

que un defensor en mí, tienes, ardiente,

que rogará ferviente

porque el cielo te cubra con su manto.

Y si acaso el traidor torna á la brecha

y á mansalva te insulta,

á ésta casa de Dios vente derecha

y aquí estarás á su mirada oculta.

De Luis no escucharás necio reproche

y si es fuerza, hija mía,

yo estoy dispuesto, allá en la sacristía,

¡á pasar á tu lado, día y noche!

FLORENTINO LLORENTE.

SIEMPRE VENCIDO.

Diosecello cruel, niño tirano,
mal uso hiciste, Amor, de lo que puedes,
prodigando tus glorias y mercedes
al joven inexperto, torpe y vano.

Ducho en tus lides hoy, si te las gano,
no gozo de los lauros que me cedés,
y es mejor que del todo me lo vedés

ya que de nada sirven en mi mano.

Allá en los tiempos en que amar podía,
amar no supe por rubor ó miedo,
y hoy, que amar sé, me falta lozanía.
Antes vencido fui; vencido hoy quedo.
¡Ay! ¡á los veinte porque no sabía,
y á los cuarenta porque ya no puedo!

J. D. GAVIÑO.

Trabajar por cuenta ajená.

I.

—Doña Manuela!—gritaba Rodriguez, presentándose en el comedor en mangas de camisa.—¡Esto ya no se puede aguantar!

—¿Qué sucede?—contestaba la patrona.

—Que ese condenado de Verdugón entra en mi cuarto como si fuera suyo, y me fuma los pitillos, y se peina con mis peines, y se me ha comido una caja de pastillas de clorato.

—Usted la ha tomado con el Sr. de Verdugón y es una injusticia.

—Tengo motivos para creer que todo cuanto malo ocurre aquí es obra suya. Esta mañana, mientras salí á dejar una carta en casa del ministro, penetró en mi cuarto y se estuvo limpiandolas botas con mi gorra.

—¿Quién ha dicho semejante embuste?

—Quien le ha visto. ¡Todo se sabe, doña Manuela! ¡todo! ¡todo!

Rodriguez era un infeliz, que había venido á la corte decidido á que le colocaran en Hacienda, y por mal de sus pecados, se instaló como huésped barato en casa de doña Manuela, patrona feroz, que mantenía á sus pupilos con albondiguillas de pan duro y piltrafas sospechosas.

Pero Rodriguez tenía pocos recursos y tragaba los guisotes sin proferir una queja. En cambio, no podía soportar á Verdugón, cesan-

te de Loterías y hombre sin principios, que se había propuesto vivir á costa de los demás huéspedes, y andaba por los pasillos husmeándolo todo.

Más de una vez le había sorprendido doña Manuela, comiéndose el azúcar ó mojando pan en la vasija del aceite.

¡Pobre Verdugón! Llevaba seis años de pretendiente y sólo había logrado que le dijera un día el ministro:

EN LA RAMBLA POR CILLA.



—¿Quiere Vd. que le limpie las botas, señorito?

—¿Cuales, hijo?...

comerse las pastillas de clorato?

—Si señora, lo creo.

—¿Pero le hace usted tan tonto que no sepa distinguir los alimentos de las medicinas?

—Con tal de comer, es capaz de tragarse un cepillo de los dientes. A mi me ha faltado la caja del betún, y nadie me quita de la cabeza

—Si no se quita usted de mi vista, le rompo el sombrero de tres picos en la cabeza. ¡Es usted el pretendiente más chinche que conozco!

Y ¡claro! ante esta manifestación espontánea del personaje, Verdugón había resuelto suspender sus gestiones y seguir chupando cuanto pudiese en casa de doña Manuela.

Rodriguez era para él una verdadera mina; porque, dedicado á sus asuntos, permanecía fuera de casa durante muchas horas, y entre tanto, Verdugón usaba sus zapatillas y sus peines y sus cuellos postizos.

Doña Manuela procuraba inútilmente calmar la excitación de Rodriguez.

—¿Pero cree usted—le decía—que el señor Verdugón haya podido



1.



2.

que se la ha comido ese glotón de los infiernos.

Cuando entró Verdugón, procedente de una casa de préstamos, adonde había ido á empeñar la dentadura postiza, que era el único equipaje que le quedaba, Rodríguez quiso armar un escándalo, pero doña Manuela le cogió por el rabillo del pantalón y le dijo:

—Tenga usted calma, señor de Rodríguez; hágase usted cargo de que el pobrecito padece del estómago, y todo cuanto ve se le antoja. ¡Bastante desgracia tiene!

Rodríguez se contuvo en el primer momento, pero ya en la mesa, Verdugón comenzó á morder pedacitos de bollo en la fuente de las albondiguillas, y Rodríguez entonces se puso furioso hasta el extremo de entregar á Verdugón su tarjeta. Este entregó la suya á Rodríguez, y si no intervienen los demás pupilos de doña Manuela, aquello hubiera concluido de un modo trágico.

—¡La crisis ministerial! ¡El nuevo ministerio!—se oyó vocear á un chico en la calle.

—¿Cómo?—preguntó Rodríguez alarmado.

—¿Ha caído el ministerio?

Y olvidándose de Verdugón, y del betún y de los peines, cogió el sombrero y salió á la calle corriendo como un loco.

Media hora después, y no sin grandes esfuerzos, conseguía penetrar en el despacho del Ministro, que estaba haciendo el baul como quien dice:

—Señor—exclamó Rodríguez con acento dolorido:—Vuecencia abandona hoy la cartera sin cumplir su palabra.

—¿Cuál?

—Vuecencia ha prometido colocarme. Antes de ahora presenté á Vuecencia cartas de recomendación eficacísimas.

—Si, ya recuerdo—contestó el ministro.

—Pues bien; aún puede Vuecencia firmar mi credencial.

El ministro reflexionó durante algunos instantes. Después dijo:

—¿Su nombre de usted?

—Aquí está mi tarjeta—contestó Rodríguez, sacando una del bolsillo.

—Mañana á las diez vaya usted á mi casa y le entregaré la credencial—dijo el burócrata.

DEL INGENIO, POR LAGO.



3.



4.

—Quiero cumplir mi palabra.

Poco faltó para que Rodríguez se arrojara al cuello del ministro y le cubriese de ósculos; pero guardador de las buenas formas, se limitó á decir respetuosamente:

—Señor, es usted la ninfa bienhechora; el astro refulgente, el...

II.

Rodríguez entraba en la casa de huéspedes al día siguiente, agitando con júbilo un pliego que llevaba en la mano.

—¡Aquí está!—dijo abrazando á Doña Manuela.

—¿Qué?—preguntó ésta.

—Mi nombramiento.

—¿Para dónde?

—No lo sé todavía. Aún no he querido romper el pliego bienhechor que devuelve la paz á mi espíritu.

Rodríguez se limpió el sudor que bañaba su frente; después dirigió una mirada de triunfo á Verdugón, que estaba en aquel momento chupando una cáscara de naranja arrimado á la pared, y rompió el sobre que encerraba la preciosa credencial.

Pero pronto su semblante se cubrió de intensa palidez, y lanzando un grito de rabia, dejóse caer pesadamente sobre una silla.

Doña Manuela y los huéspedes acudieron á socorrerle.

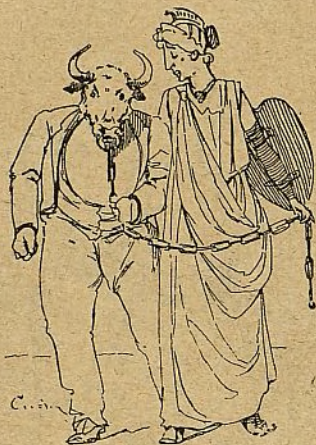
—¿Qué pasa?—preguntó uno con curiosidad cariñosa.

Rodríguez abrió los ojos y murmuró melancólicamente:

—Que he entregado al ministro la tarjeta de Verdugón, en vez de entregar la mía, y la credencial está extendida á su nombre...

LUIS TABOADA.

EL BAILE DEL CÍRCULO ARTÍSTICO (APUNTES Y EXTRAVAGANCIAS)



Los marqueses de Z., figurando *Europa* (1.)



Un adorno del salón
(Masvidal tocándose la trompa.)



Los condes de C., él de enuco y ella de República, representando el posibilismo español.

CONTRASTES DE COLORES



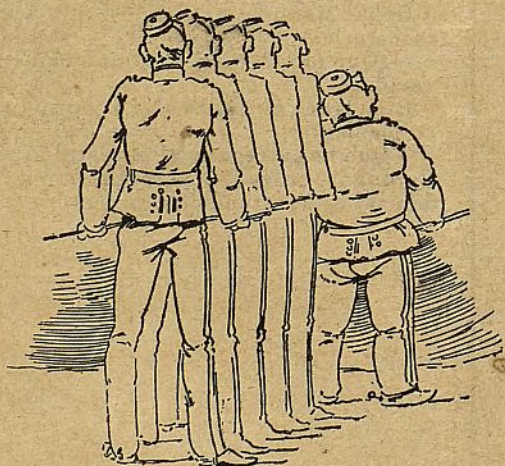
Azul.



Negro y blanco.



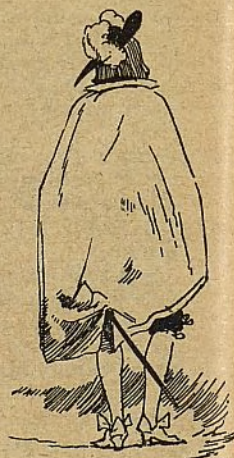
Encarnado «por el frac.»



Demasiado encarnado.



Verde (antepóngase viejo.)



Lila.
(representado por más de un jo-
ven que se vistió de época con el
sombrero y las medias de mamá.)

(1.) No concurrieron porque al marqués se le antojó que su *toilette*, de la frente arriba, era poco decorosa... ¡y vaya V. á quitarle á un marqués esas cosas de la cabeza!

DISFRACES MÁS NOTABLES.

VIDAL QUADRAS



de Enrique III

SERT



de Germano

FERNANDO FABRA



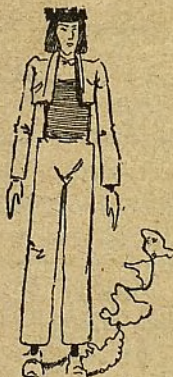
de Henri d'Albré

MASRRIERA



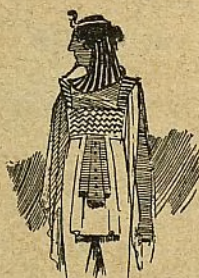
de Charro

SEIX



de Holandés.

LUIS MASRRIERA



de Egipto.

Y ¿qué diré del bello sexo? Que estuvo irritablemente hermoso y á bastante más altura que el sexo fuerte. Una marquesa amiga mía decía—y con razón—mirando á un grupo:



—¡Qué grupo de hombres de tan mal gusto! De buena gana, les tiraría yo una descarga.

—Haría usted mal, porque se expondría usted á la recíproca, marquesa.

—¿Cómo? ¿estoy, acaso, tan fea como ellos?

—Precisamente por lo contrario, porque está usted muy guapa; se la tirarían ellos á usted. En cambio, mire usted aquel grupo de niñas. ¡Qué gran bocado para el colegio de

Cardenales!

—¿Ve usted?—me decía poco rato después una Margarita con telarañas. —¿Ve usted qué bonita va aquella Ofelia? Ahora siento no haber escogido aquel traje y me disgusta el que llevo...

—Pues es usted la única, amiga mía. Por que ¡mire usted si es inmodestia la que aquí reina! todos aquellos á quienes he preguntado esta noche «¿Cómo está usted?» me han contestado invariablemente: «Muy bien, gracias.»

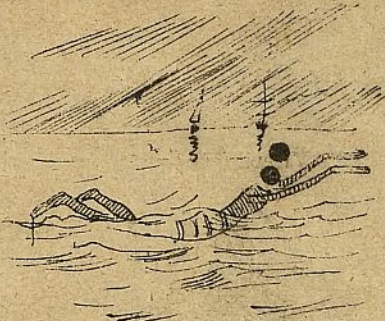
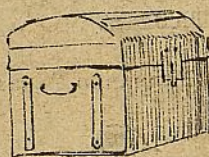
Y cuando ellos lo dicen...



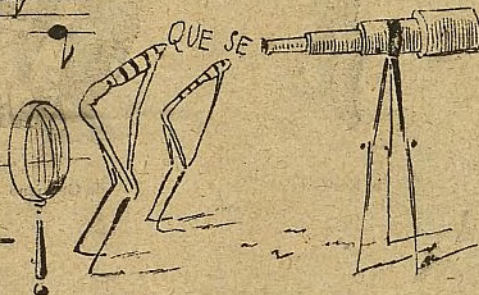
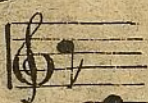
JOSÉ CUGHY.

Imp. de Calzada, Arco del Teatro, 9, pasaje.

B N M

NI
NI
NI
NI

Los gobiernos
de España
suelen hacer
las elecciones
con entera
legalidad

T
O

segun EL verde DEL

(La solución en el número próximo.)

* ANUNCIOS *

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN BARCELONA

—D. JUAN TASSO—
Kiosco de la Rambla, frente a la calle Hospital

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ
Tesoro, 5, bajo.

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN VALENCIA

D. Julián Peris Mencheta
Calle de Entenza, núm. 40

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN SEVILLA

D. JOAQUIN NADAL
Encarnación, 4

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
en la República Mexicana

D. RAFAEL B. ORTEGA
Primera de Sto. Domingo, 12
MÉXICO

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
en la Isla de Cuba

Sra. Vda. de Pozo é Hijo
Obispo, 55.—HABANA

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN GUATEMALA

D. ANTONIO PARTEGAS
Octava Avenida Sur. Almacén

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN CARACAS

D. Antonio S. de Bethencourt
Calle del Sur, 4

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN VALLADOLID

D. CELESTINO GONZALEZ
Kiosco de la Plaza, frente al Gran Bazar

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN PARIS

Madame Lemaitre
Kiosque 34.—Boulevard des Italiens

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN BURDEOS

Mr. Marcelin Lacoste
Place de la Comédie, 3

LA SEMANA COMICA

Periódico literario, festivo, ilustrado
Colaboran en él los mejores literatos y los más
celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona. Trimestre. 1'50 ptas.
Fuera. Semestre. 5 "

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Vertrallans, 3, 1.º—Barcelona
Despacho todos los días laborables de 2 á 4 tarde